

Subieron por fin á las naves, y se afanaban los pobres salvajes por estrechar á Colon y por postrarse ante él, pidiéndole su proteccion.

—Aquí teneis lo que hemos podido traer. Aquí lo teneis. Recibidlo ahora, aunque sea tan poco; recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuanto tenemos.

El almirante se conmovia al ver la tribulacion de los indios, pero hubiera sido imprudente si les hubiese explicado el fenómeno; consultando á miras discretas, se retiró á su camarote.

Miéntas tanto crecia la impresion de los indios, porque aquella oscuridad tan espantosa les aterraba, y sólo esperaban las palabras de Colon para tranquilizarse.

Apareció por fin el almirante, y con voz severa y palabra afectuosa así les dijo:

—He pedido á Dios por vosotros. Le he rogado que os perdone, porque ignorabais la enseñanza sublime que nos dió cuando habitó entre los hombres; le he dicho que perdone vuestros pecados, que perdone vuestras faltas, así como vosotros tambien perdonareis á los que os ofendan.

—Sí, sí; perdonaremos á nuestros deudores.

—Sólo así es como se puede alcanzar el perdon de Dios. Si teneis rencor á vuestro prójimo, si no perdonais á los que os ofenden, ¿cómo os atrevereis á pedir perdon á Dios por las ofensas que vosotros, siendo sus criaturas predilectas, podais inferirle?

—Sí, sí; perdonamos á todos, perdonamos á todos.

—Pues Dios tambien os perdona. Id y decid á vuestro pueblo que siendo cristiano será dichoso.

Un eclipse de luna, conocido anticipadamente por Colon, le salvó de una muerte cierta

¿Quién le salvó?

¿La casualidad ó la Providencia?

CAPITULO LXV.

Desventuras sin fin.



La estancia de Colon y de los suyos en la costa de la Jamáica, es uno de los grandes ejemplos de paciencia que presenta la historia del mundo.

Es necesario reconcentrar toda la atencion para formarse una idea de los tormentos que padecieron aquellos infelices, del horrible martirio que sufrió el gran hombre á quien la Providencia habia encomendado una de las más importantes y más trascendentales misiones que ha confiado en el mundo á las almas privilegiadas.

Todo esto una semana, un mes, aun puede concebirse.

Pero un mes y otro.... hasta diez.... un invierno, una primavera, un otoño.... ¡Esto es el colmo del infortunio!

Ocho meses habian transcurrido desde la salida de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y en aquel tiempo no habia pasado un solo dia sin que Colon abrigase y perdiese la esperanza de ver llegar á Fiesco, ó por lo ménos un buque enviado por Ovando con la noticia de que Mendez habia partido para España.

Algunas veces descubrian á lo léjos canoas indias, que parecian dirigirse á la costa en donde estaban, y se lisonjaban de que fuesen mensajeros de prósperas nuevas; pero su ilusion no tardaba en desvanecerse.

Las canoas pasaban de largo, ó iban á desembarcar á sus

tripulantes en playas alejadas, á las que servía de paseo á los desventurados náufragos.

—¿Pero es posible que tarde tanto Fiesco? preguntaba Bartolomé Colon á su hermano. Por fuerza ha debido morir en la travesía.

—No, decia el almirante, la Providencia no lo habrá permitido.

—¿Qué significa entónces su tardanza, qué la absoluta carencia de noticias en que estamos?

—¿Por qué desesperar?

—Es que los dias pasan y se llevan nuestras esperanzas.

—Para devolvérsela al siguiente.

—Eres demasiado bueno, Cristóbal, repuso su hermano.

—¡Tengo fe en Dios!

—Yo tambien, que á cristiano viejo nadie me gana: pero esto es demasiado; no hay paciencia que baste.....

—Confía..... espera.

Bartolomé sospechaba á veces de la lealtad de Fiesco; pero no se atrevia á comunicar sus temores á su hermano.

Un dia se resolvió al fin á confiarlas.

—Me temo que Fiesco haya desempeñado su papel con demasiada perfeccion.

—¿Qué quieres darme á entender con esas palabras?

—Que á mi juicio ha olvidado su acrisolada lealtad.

—No le conoces si dudas de él.

—Pues, ¿qué pensar entónces?

—Pienso que Ovando no ha caido en el lazo que iba á tenderle para salvarnos, y le ha aprisionado para que no pueda volver á obligarnos á tomar una resolucion desesperada; ó por lo ménos, creo que, deseoso de mi ruina, ha decidido no venir en auxilio nuestro hasta que con arreglo á sus cálculos hayamos perecido todos.

—Eso seria demasiada inhumanidad.

—Capaz es de todo: su único deseo es que perezcamos para anunciar nuestro fin á los reyes y pretextar que no ha podido salvarnos porque en mi orgullo, en mi soberbia, como dicen mis enemigos, no he querido rebajarme á acudir á él.

—¿No crees que convendria que fuera yo á reclamar socorro?

—¿Y cómo?

—Como ha ido Mendez, como ha ido Fiesco.

—¡Es imposible!

—Las olas me respetarán como á ellos.

—¿Te has olvidado de que sin tí no hay nada? Mis achaques, mis pesadumbres, me tienen postrado en el lecho casi siempre; y aunque Dios me ha inspirado y me ha otorgado su inmensa proteccion para que yo pueda adquirir influencia con los indios; sin embargo, es indispensable que permanezcas á mi lado, que mis subordinados vean en tí la fuerza que me falta, que yo halle en tu cariño el aliento que sin tí y sin mi pobre hijo me habria abandonado por completo.

Bartolomé no insistió.

El tiempo pasaba, y no pudiendo figurarse Colon que llevase Ovando su crueldad hasta el extremo de abandonarle por completo, de no ir siquiera á saber si habia perecido ya, pensó que la embarcacion que con este objeto debia haber mandado habria perecido en la travesía.

Esta creencia, que se arraigó en su alma, pareció confirmarla un suceso.

Una mañana vieron á muchos indios bajar de las montañas y acercarse á un objeto que las olas habian arrojado á la orilla, como á unas cien varas del paraje donde residian los españoles.

Los indígenas transmitieron su sorpresa y su curiosidad á

los españoles, y algunos de ellos, previo el permiso del almirante, fueron á ver qué era.

Poco despues volvieron á participar á su jefe y á sus compañeros que el objeto que habian arrojado las olas era un fragmento de la baranda de un buque.

Algunos dias despues se vió en alta mar el casco de un buque con la quilla hácia arriba, flotando á merced de las olas.

Colon se confirmó en su creencia: aquel buque habia sido enviado para llevarlos á Santo Domingo.

En el barco se habia perdido su única esperanza.

Un profundo desaliento se apoderó de todos.

Colon mismo no ocultaba á nadie la postracion en que cayó.

Al desaliento sucedió la más espantosa desesperacion.

—Ya lo veis, dijo Bernardo de Valencia, no pudiendo disimular por más tiempo: Ovando creerá que hemos salido para España en el buque que nos ha enviado, y habiéndose perdido, no nos queda más recurso que la muerte.

—Más felices son que nosotros los que se rebelaron.

—Vaya un premio que da la Providencia á nuestra lealtad.

—A nuestra abnegacion . . .

—Más nos valia haber seguido la suerte de nuestros compañeros.

Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, unidos con Bernardo de Valencia, capitanearon una nueva insurreccion, que debia ser más terrible que las anteriores, porque entónces no veian la muerte como una probabilidad, sino como una consecuencia necesaria de su situacion.

La chispa no tardó en comunicar el fuego á los que estaban febriles.

Otra vez más detuvo el golpe la Providencia, que siempre estaba al lado del gran hombre.

Un diálogo que van oír mis lectores lo demostrará.

CAPITULO LXVI.

Sarcasmo de la suerte.



os hemos salvado.

—Sí, sí; allí lo veo.

—A visémoslo á todos. Es preciso evitar el motin.

—Que nadie se aperciba de nuestros proyectos.

—Nos seria funesto, y en vez de conseguir la libertad, solo conseguiríamos nuestra ruina.

—¡Parece imposible! ¡Parece imposible que ninguna otra nave se atreva á desafiar las iras de estas aguas, donde tanto hemos sufrido.

—¡Callad! ¡Callad! Que nos pueden oír y nos perdemos.

—¡Viva el almirante! ¡Viva el almirante!

—¿Qué ocurre? preguntó Colon.

—¡Viva, viva!

—Sí, sí; miradla, miradla; vedla allí. Viene á protegernos, viene á darnos la vida.

—Dios se ha compadecido de nosotros.

—Se acerca á nuestras naves, dijo Colon sin revelar el placer inmenso que debia causarle tal visita.

—Y se detiene.

—¿Cómo no se adelanta? Bien podria acercarse más. Quizá ignoren que hay agua bastante para avanzar.

—Ya arrojan el bote.

—Y bajan del bajel unos cuantos.

Todos los españoles que se encontraban con Colon, así

los que preparaban el nuevo motin como los que permanecian leales, fijaron su vista en el bote, y la ansiedad que revelaban sus semblantes era una ansiedad febril, pero silenciosa.

—Le conozco, le conozco.

—¿Es Diego de Escobar?

—El mismo.

—Nada bueno puede traernos, dijo un oficial.

—Ese menguado es un hombre traidor, es uno de los más activos cómplices de la rebelion de Roldan, á quien condenaron á muerte y á quien perdonaron de la pena que se le habia impuesto.

Llegó por fin el bote al costado de las naves, y levantándose Escobar, dijo á uno de los marineros:

—Baja á recoger unos encargos.

—¿Qué teneis que mandarme?

—Toma este documento y entrégalo al jefe. Dale tambien esta caja, y dile que es un presente que le hace el gobernador de la Española.

La caja contenia un barril de vino y un pernil de puerco.

En el instante mismo en que Escobar hizo la entrega, se alejó precipitadamente el bote, y se colocó á la mayor distancia posible para hablar con los de las naves.

La figura de Calon destacaba sobre todas, y no costó trabajo á Escobar el distinguirle y dirigirse á él en estos términos:

—Tengo el honor, mi almirante, de ser intérprete de los sentimientos de vuestro amigo el gobernador de la Española. No os olvida nunca, y puedo aseguraros que toma una gran parte en vuestro infortunio. Si se encontrase con recursos suficientes, se consideraria muy dichoso enviándoos víveres y armas; pero es muy crítica su actual situacion.

Ademas, añadió, no puede disponer de un bajel bastante capaz para conducirnos con vuestra gente á aquella isla; pero estad seguro que en el momento que lo tenga lo enviará á estas aguas, y lo pondrá á vuestras órdenes.

Me ha encargado tambien, muy especialmente, que os diga que los importantes negocios que teneis en la Española serán atendidos con el mayor interes, pues es muy grande el afecto que os profesa y muy alta la consideracion con que os distingue.

Creo que en el documento que se os ha entregado podeis ver confirmadas las nobles y francas protestas que os acabo de hacer.

Leedlo y meditadlo cuanto os plazca, y si teneis algo que decirle, apresuraos y enviadme la contestacion, pues me es urgente partir sin demora.

A todos cuantos oyeron las palabras de Escobar, les sorprendieron extraordinariamente.

La alegría y el entusiasmo que habia producido la vista del bajel, se disiparon.

Y hasta los conjurados, que comenzaban á sentir el remordimiento de su criminal propósito, estaban casi pesarosos de aquel suceso, que habia trastornado su plan.

A las esperanzas más risueñas, sucedió un desengaño funesto.

Si el almirante hubiera sido un hombre frívolo, impresionable, le bastaria la actitud de Escobar para llenarse de indignacion, y adoptar alguna medida enérgica que de seguro hubiese sido, no solo inútil, sino grandemente peligrosa. Pero supo hacerse superior á aquella situacion, y contestó afectuosamente al mensajero, diciéndole que se enteraria de la carta y que procuraria contestarla sin pérdida de tiempo.

Se retiró á su camarote, y despues de una breve meditacion, escribió lo siguiente:

"Quedo enterado de cuanto os habeis dignado participarme en vuestra expresiva carta, y os agradezco los sentimientos que me acreditais, y que me obligan al reconocimiento más profundo. Nuestra situacion es terrible, es superior á todo lo que pudiera decirnos mi pluma. Las enfermedades y el hambre nos acosan constantemente, y si la mano de Dios no se hiciese visible en ciertos instantes, nuestra muerte seria cierta.

"No os son desconocidos los favores que dispensé á los hermanos Porras, ni el afecto particular que les profesaba. Pues bien: esos hombres, en quienes debia depositar mi mayor confianza, me vendieron miserablemente poniéndose á la cabeza de una rebelion que me arrebató la parte más sana y vigorosa de mi gente. Solo quedaron los más desvalidos y algunos pocos leales.

"La precipitacion con que escribo no me permite detenerme en algunos detalles sumamente importantes, que significarian mucho para vuestro criterio; pero ya comprendereis las circunstancias de que me veo rodeado.

"Si dudase de vos, podria considerarme perdido; pero veo firmemente que hareis cuanto os sea dable para enviarme los socorros que me son tan indispensables.

"No puedo dejar la pluma sin recomendaros muy eficazmente á los caballeros Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, cuya expedicion á esa isla no ha tenido objeto alguno artificioso, sino el de exponeros clara y verdaderamente la situacion terrible en que nos encontrábamos y demandaros auxilio.

"Muy seguro de que al enteraros de lo que os participo experimentaréis profundo dolor, os doy desde luego las gracias por vuestro generoso interes, y al retiraros mi amistad, se ofrece á vuestras órdenes vuestro fiel amigo.

"CRISTÓBAL COLÓN."

Con exaltada inquietud recibió esta carta el falso mensajero, y en el instante levó anclas y se hizo á la vela, muy satisfecho del éxito de su embajada.

Era de noche, y noche triste y oscura, cuando desapareció de la vista de los españoles aquel bajel que tanto habia halagado su fantasía, y que tantas ilusiones les hizo concebir.

Todos callaban, y no se atrevian á revelar su desesperacion, porque no sabian cual éra el partido que más les convenia tomar.

La consternacion más triste estaba pintada en los semblantes de aquellos desgraciados.

—¿Qué significa lo que está pasando? dijo uno de los marineros.

—¡Nos abandonan! ¡Nos abandonan!

—¿Por qué les hemos dejado marchar?

—¿Por qué no les hemos detenido?

—¿Por qué no les hemos pedido explicaciones?

—El almirante, el almirante tiene la culpa de todo lo que nos pasa, dijo uno de los que habian tomado una parte más activa en la rebelion.

—Contra él debemos sublevarnos pronto, añadió uno de sus compañeros.

—Esperemos, esperemos, dijo uno de los que habian permanecido neutrales, que habia sorprendido la conversacion. Esperemos y quizá el almirante nos dé cuenta.

—Nuestra paciencia está muy apurada, y ya no puede toerarse su conducta. ¿Qué fin se propone? ¿A qué aspira? ¿Qué quiere exigir de nosotros? ¿Hasta cuándo piensa tenernos en estas naves?

No desconocia Colon el nublado que le amenazaba, y creyó muy oportuno levantar el caido ánimo de aquellos hombres.

—Ha llegado la hora en que podeis tener confianza, les dijo. No quiero ocultaros lo que acaba de pasar.

Si en circunstancias normales pudiera ser un secreto la visita del bajel que acaba de partir, en las anómalas y extraordinarias en que nos encontramos, mi secreto pudiera ser un crimen, porque mataría vuestras más lisonjeras ilusiones, vuestras justas esperanzas.

La correspondencia que acabo de recibir me ha sido muy grata, porque ella me anuncia que pronto saldrán de la Española los bajeles que han de conducirnos á aquella isla.

Por eso mismo he preferido quedarme con vosotros á marchar con la embarcacion que acaba de darse á la vela.

Ya que he sido testigo de vuestros dolores, quiero serlo también de vuestras satisfacciones, y será inmensa la mia cuando os vea abandonar estas playas y esteis preparados para regresar á vuestra muy querida patria.

Las palabras de Colon calmaron la inquietud que se apoderaba de todos, quedando desde aquel momento desconcertada la conspiracion.

Las esperanzas más gratas comenzaron á revivir en aquella atribulada gente, y todo su quebranto se convirtió en una gran ventura.

CAPITULO LXVII.

Dos escenas distintas.



DEMASIADO era; demasiado era para un hombre, por grande que fuese, sobreponerse á aquella situacion.

Y sin embargo, Colon, que habia nacido para los grandes sentimientos, estaba combatido cruelmente en sus más nobles aspiraciones.

Gran enseñanza entraña su conducta en aquella inesperada y violenta ocasion.

Era preciso ser como él para no haberse exaltado en ira ó haber caido en un abatimiento profundo.

La vista de un bajel, despues de tanto tiempo que vivian en un retiro absoluto y alimentando el espíritu de esperanzas; la vista de un bajel que les hacia comprender que sus sufrimientos tocaban á su término; la vista de un bajel tan codiciado, para convertirse en una rápida exhalacion que pasa delante de sus ojos como un fantasma fugitivo, era un suceso demasiado extraordinario para no impresionar hondamente los ánimos más fuertes.

En todos los que presenciaron aquel acontecimiento hizo impresion indeleble; pero todos, ménos Colon, pudieron tranquilizar su alma y calmar su inquietud, porque la conducta del almirante al recibir el pliego, al oír las palabras de Escobar, al retirarse á su camarote, al dar la contestacion, y por último, al hablar á su gente, era una conducta tan digna como heroica, que pudo cambiar en confianza las dudas, las va-

cilaciones, y hasta la rebelion, que de seguro volveria á reproducirse.

No pueden apreciarse ni definirse los efectos y las emociones de aquellos hombres desgraciados, cuya vida desde muchos meses atrás venia siendo una pesada cadena de dolores y quebrantos.

Todas sus penas, todas sus dolencias, todos sus sufrimientos, hacian eco en el corazon de su jefe y agravaban su continuo y terrible padecer.

Agotó las fuerzas de su voluntad poderosa para revestirse de confianza y aparecer tranquilo ante los desesperados.

Y al retirarse solo al camarote, inclinó su febril cabeza sobre sus manos.

Su hijo era el que instintivamente penetraba sus pensamientos, é identificándose con su padre, sufría por los dos.

Y ante la escena que acaba de pasar, no sabía qué hacer.

Pero abandonándose á una impresion súbita, corrió al camarote, y dirigiéndose á Colón:

—¡Padre, padre! le dijo. Ya no es posible seguir adelante, ya no es posible vencer; tenemos que rendirnos.

—Valor, Fernando, valor.

—El valor me falta, no porque sacrifique mi vida; y creedme, padre, no es porque dejemos de existir, porque nuestra existencia en el mundo es un prolongado suplicio, y confio en que Dios nos recibirá en su seno para que disfrutemos para siempre de una ventura inefable; pero estos desgraciados, estos infelices que ahora rien y están tan engañados, creyendo que su cautiverio ha concluido; estos infelices que tienen puesta su confianza en vos, ¿cómo se han de resignar á morir? ¿Cómo hemos de presenciar su desesperacion? No puedo prestaros fuerza, padre mio, porque las fuerzas me faltan, mi cabeza arde, mi cuerpo desfallece.

—¡Calla, calla, hijo mio!

.....
—¿Qué dia será? preguntaba un marinero sobre cubierta.
—No es fácil fijarlo, pero será muy pronto.
—Despues de haberlo creido imposible, no es fácil vencerse de esta dicha.

—En la Española nos recibirán con entusiasmo.

—¡Y cuando volvamos á nuestra patria!....

—Entónces se cumplirán las promesas del almirante.

—Todos seremos colocados.

—¡Y con lo que llevamos!....

—Sí, es verdad, porque tambien nos darán algunos ducados, para que hagamos ver que en esta tierra hay mucha plata y mucho oro.

—¡Por de contado!

—¿Quién lo duda? ¡No faltaba más sino que volviéramos pobres!

—¡Entónces, entónces gozaremos!

—¡Vamos, vamos á ver al almirante: es preciso que le demos las gracias por su conducta, y que le pidamos perdon por nuestras faltas!

—Es un deber que nos reconciliemos con él los que hemos dudado de su amor y de su lealtad.

—Todos somos sus hijos.

—Sí, sí; él es nuestro segundo padre, porque sin él nos hubiéramos desesperado.

—¡Y quizá, si seguimos los pasos de nuestros compañeros, de los que se fueron con el capitán Porras y con su hermano el contador!....

—¡Pobres de ellos! algunos habrán muerto y los demas andarán errantes por los bosques.

—Es preciso ser leales y agradecidos.

—Vamos, vamos á ver al almirante.

.....

—¡Detenlos, detenlos! dijo Colón á su hijo.

Los dos habian oido la conversacion de aquellos pobres hombres.

—Sí, padre, sí; que conocerian nuestra turbacion, que no puede disimularse.

Y llegaban ya á la puerta del camarote algunos, cuando Fernando la abrió, y dirigiéndose hácia el interior:

—Descansad, padre, descansad, le dijo.

Estas palabras hicieron desistir de su propósito, ó mejor dicho lo aplazaron, los que querian darle gracias fervorosas porque les habia anunciado su salvacion.

Pero el hijo del almirante no podia estar separado de su padre en aquellas horas de angustia y de pesadumbre.

Los dos se necesitaban, si no para consolarse, porque no creian posible encontrar consuelo, al ménos para exhalar suspiros sin que nadie les sorprendiese.

—¡Ovando, Ovando! exclamó Colón. ¿Es posible que hayas llevado tu encono y tu envidia hasta el punto de burlarte tan terriblemente de quien jamas te hizo daño?

—¡Ovando, Ovando, miserable, que así sacrificas á mi generoso padre! ¿Cómo no cae sobre tí toda la ira de Dios?

—El mensajero que me ha mandado indicaba bien claro sus siniestras intenciones.

—Y el presente que os ha hecho conociendo, como no puede ménos de conocer, el hambre y las necesidades que estamos padeciendo, es el mayor de los escarnios.

—Pero Cristo nos enseñó á sufrir resignadamente los golpes de la adversidad.

—¿Por qué tanta saña?

—La envidia, hijo mio, la envidia y la ambicion. Ese ba-

jel vino á cerciorarse de nuestra suerte. Despues de tantos meses como llevamos en este destierro, nada más natural que haber sucumbido á los rigores del infortunio, y esa seria la esperanza de Ovando. Y ha elegido á Escobar por embajador de tan siniestra empresa, porque le consta la enemistad que nos separa, y está seguro que me profesa un odio á muerte.

—¡Y qué precauciones tan cobardes! Os aseguro, padre, que si no hubiera temido ser imprudente abandonándome á mis sospechas, concluyo con ese fermento.

—Prudencia, siempre prudencia, hijo mio.

—¡Prudencia con el que ultraja á mi padre, prudencia con el que se complace en sus dolores y codicia su muerte!...

—Perdónalo y compadécete de sus miserias.

—¿Pero qué hacemos? ¿Cómo salvaremos esta crisis tan violenta?

—No te precipites: va renaciendo en mí la confianza del cristiano, esa confianza que se turbó al influjo de mis pasiones de hombre. Acuérdate del dia en que un eclipse, conocido y anunciado por la ciencia, nos sirvió para poner á nuestro servicio á los indios cuando su indignacion contra nosotros era inmensa.

—Vuestra tranquilidad y confianza me hacen estar sereno, tanto que me hallo con valor para conversar con los confiados.

—Pues hazlo así, y me prestas un gran servicio.

—Quiero ser un hijo digno de mi padre.

Y Fernando salió del camarote con aire resuelto, hasta revelando buen humor.

Nadie, sin embargo, sospechaba el triste y desgarrador diálogo que acababan de tener el almirante y su hijo.

Su noble presencia y su actitud valiente despertó en aquellos momentos las simpatías de todos.

Le recibieron con afecto y le abrieron más y más sus corazones, haciéndole vehementes protestas de la veneración que tenían á su padre.

La conducta de Ovando no puede explicarse de manera que lo exima de toda culpa.

Los que más han querido atenuarla, creen que temia que si Colon volvía á la isla recobraría el gobierno de la misma, ó que irritado contra la corte de España, que habia suspendido sus honores y dignidades, trasferiria á Portugal los países que habia descubierto.

Tambien hay quien dice que Ovando estaba ocupado en guerras contra los indios, y que realmente no tendria bajeles para ponerlos á las órdenes de Colon, y que, por otra parte, no comprenderia que era tan triste su situación.

De todos modos, el mensaje de Ovando desvaneció por completo las esperanzas del almirante, y le hubiera desconcertado absolutamente si más que hombre de mundo no hubiera sido hombre de fe.

CAPITULO LXVIII.

Donde sabrá el lector algo de dos personas con quienes de seguro ha simpatizado.



ANTES de pasar adelante, digamos alguna cosa acerca de lo que habia ocurrido á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco.

Al despedirse del adelantado en la punta oriental de la isla, prosiguieron el rumbo que habian tomado, y continuaron todo el dia animando á los indios, que se abatian con frecuencia.

El cielo estaba despejado, el mar en calma, no movia un pelo de aire, y por lo tanto experimentaban un calor abrasador.

Como no llevaban velas, no podian guarecerse de los candentes rayos del astro lumínar, y les costaba trabajo respirar en aquella atmósfera de fuego.

Los indios, desfallecidos por el calor, complicado con el rudo trabajo, se arrojaban al agua de cuando en cuando, y despues de refrescarse algunos minutos, subian de nuevo á las canoas y manejaban con más vigor los remos ó canaletes.

Al ponerse el sol perdieron de vista la tierra: sus únicos horizontes eran el mar.

Continuaron el viaje soportando los mayores trabajos.

Por la noche se reemplazaban los indios: miéntras unos bogaban otros dormian, y viceversa.

Tambien los españoles dividieron sus fuerzas.